

MIGUEL
SÁEZ CARRAL

NI UNA MÁS

A stylized illustration of a woman with dark hair, looking upwards and to the left. A thick red line is drawn across her eyes, symbolizing blindness or a hidden truth. She is wearing a black top with a red collar. The background is a plain, light grey.

Todos piensan que es mentira.
Solo ella sabe la verdad

Alma tiene diecisiete años, el pelo castaño, la boca un poco grande y los labios finos.

Alma tiene dos amigas íntimas, Greta y Nata, un puñado de gente conocida con la que se va de fiesta y el recuerdo de una noche que le gustaría olvidar.

Alma también tiene una cuenta en Instagram (@colemanmiller18, con 950K seguidores), aunque nadie sabe que es suya.

Pero de todo lo que Alma tiene, lo más importante está dentro de la mochila negra que lleva a la espalda. Es algo que va a cambiar su vida en un instante.

«CUIDADO. AHÍ DENTRO SE ESCONDE UN VIOLADOR». Es lo que dicen las grandes letras color sangre en la tela que Alma acaba de colgar en la fachada de su instituto.

A mi hija Dora. Con todo el amor del mundo.

Hay un muro de silencio en torno a la violencia contra las mujeres y las niñas y cada vez que una mujer habla, crea una pequeña grieta en ese muro.

MARAI LARASI

Lo que Alma tiene

Alma tiene diecisiete años, el pelo castaño oscuro, ojos del mismo color, la boca un poco grande, los labios finos, algunas marcas que le dejó un ataque de varicela a los diez años. Dos aritos de metal taladrándole el cartílago de una oreja y la palabra «*Feminist*» tatuada en un costado del pecho.

Un armario lleno de ropa deportiva, camisetas, pantalones, sudaderas y varios pares de zapatillas. Un móvil de un modelo que ya se ha quedado un poco antiguo. Un himno trap como tono de llamada. Cuenta en Instagram. AlmaG18. 97 publicaciones, 2.156 seguidores, 1.546 seguidos.

Alma tiene alergia al polen, una atracción irresistible por las patatas fritas sabor a vinagre, dolor durante los primeros días del período, un par de trofeos de gimnasia rítmica sobre la estantería de su dormitorio y el recuerdo de una noche de fiesta que le gustaría olvidar.

Alma tiene un padre que se llama Pablo, una madre que se llama Verónica, un hermano siete años más pequeño que se llama Pablo como su padre y un perro de raza corgi llamado Cooper. Alma tiene dos amigas íntimas, Greta y Nata, un puñado de gente conocida con la que sale los fines de semana o se va de fiesta, un medio rollo nada serio y algunas experiencias sexuales que tampoco son como para tirar cohetes.

Pero de todo lo que Alma tiene, lo más importante es lo que hay dentro de la mochila escolar de color negro que

lleva a la espalda. Es algo que va a cambiar su vida en un instante.

Lo que Alma hace

Estamos a finales de mayo. Son las diez y cuarto de la mañana y ya hace calor. O quizá no tanto. Pero Alma suda. Siente el sudor en las axilas. Nota cómo moja su camiseta Adidas de color azul y gris. Debería haberse puesto desodorante antes de salir de casa, piensa. Se le olvidó. Estaba muy nerviosa.

Ha dormido poco. Se despertó muy temprano. Aún era de noche. Se sentó en la cama y miró por la ventana abierta de su dormitorio. La débil luz de una farola a través de las hojas recién brotadas de un castaño y sombras. Aún estás a tiempo, se dijo a sí misma, en voz baja. Puedes quedarte en casa, Alma, y nadie sabrá jamás lo que está a punto de ocurrir. El verano llegará en unos días. El final de las clases. Del curso. Del ciclo escolar. El final. Lo que ocurrió se olvidará. No fue tan importante. La mitad de la gente ni se enteró. Quizá, dentro de un tiempo, cuando alguien te reconozca por la calle hará algún comentario a tus espaldas, pero te dará lo mismo. Ya tendrás otra vida. La que sea. Con un poco de suerte dentro de unos años la gente será incapaz de recordar tu cara y tu historia quedará como una de esas anécdotas que se cuentan en las fiestas o en el trabajo junto a la máquina del café cuando alguien dice: «En mi instituto, una chica, ya no recuerdo su nombre...». Eso, quizá hasta se olviden de tu nombre. Quédate en casa.

Habría sido lo más fácil.

Camina con paso decidido y la respiración agitada hacia la entrada del instituto privado donde estudia segundo de bachillerato. Ha calculado con precisión su llegada. Justo cinco minutos antes del cambio de clases, de primera a segunda hora, cuando suene el timbre y profesores y alumnos cierren los libros y apuntes de la materia, hagan el primer descanso, salgan al pasillo. Ese será el momento.

El instituto es un edificio de cuatro plantas, cubierta plana, fachada de paneles blancos, grandes ventanales, el nombre escrito con grandes letras en la fachada principal junto a un escudo que pretende darle antigüedad y tradición. El edificio principal, el de Administración y Dirección, la cocina y el comedor, los jardines, las instalaciones deportivas y los barracones de mantenimiento están rodeados por una alta verja metálica. Alma cruza la puerta de acceso de la entrada y se detiene. De la mochila negra saca una tela blanca del tamaño de una sábana. Anuda los extremos a la verja metálica. La extiende. Una ligera brisa hincha el algodón como la vela de un barco. Se aparta unos pasos y comprueba que el mensaje que escribió la noche anterior con pintura roja se lee perfectamente.

El timbre da por finalizada la primera hora de clase. Unos segundos después algunos rostros aparecen tras los cristales de las ventanas. Expresiones de aburrimiento y sueño se transforman en sorpresa y desconcierto. Inmediatamente esas mismas cabezas se giran hacia el interior. Se escuchan voces agudas.

—Tenéis que ver esto.

Carreras y empujones por hacerse con un poco de espacio en el alféizar. Bocas abiertas. Bráquets brillando al sol de la mañana. Alguien graba a Alma con la cámara del móvil. Otros muchos imitan el movimiento. Decenas de móviles salen de los bolsillos traseros de pantalones de todo tipo.

—Está como una puta cabra —dice alguien en voz baja.

—Antes por lo menos era divertida.

—De esta la expulsan.

—Que se joda.

¿A quién acusa el mensaje escrito con letras rojas sobre la sábana blanca? Las pintadas que han aparecido en las paredes y las puertas de los baños tendrían entonces otro sentido.

Se apartan de la ventana. Su lugar lo ocupan otros. Nuevas cámaras de móvil graban a Alma. Nuevos comentarios indignados, cargados de furia, de desprecio o burla. Las paredes de los pasillos y de las aulas amplifican el sonido de las voces como las de un coro en el interior de una gran catedral. Pronto el ruido es ensordecedor.

La jefa de estudios de bachillerato observa a Alma desde la ventana del despacho del director del centro.

—¿Llamo a sus padres? —pregunta.

—No —le contesta el director—. Esto ya es demasiado. Voy a avisar a la Guardia Civil.

CUIDADO. AHÍ DENTRO SE ESCONDE UN VIOLADOR.

Eso es lo que Alma ha escrito con grandes letras color sangre.

Alma eleva la barbilla en una actitud desafiante. Su mirada es retadora. Espera que nadie se dé cuenta de que está temblando.

Lo que dicen que Alma es

En el expediente escolar de Alma están anotados enfrentamientos y faltas de respeto con uno o varios profesores y profesoras en cada curso, destrozos de material, peleas, un asalto al despacho de secretaría, comportamiento inapropiado con otro alumno en las instalaciones del colegio...

—No es cierto. Es mentira. Exageran. —Se muerde los labios—. No fue así.

Lo que no puede negar, ni matizar, ni eludir, es que quemó el uniforme, falda tableada de color verde, jersey del mismo color y camisa blanca, el último día de secundaria. Dicen que lo hizo frente a la entrada del instituto con cientos de alumnos observándola, gritando y aplaudiendo. Solo conservó los zapatos y la ropa interior.

—¿De verdad hizo eso?

Alma no lo confirma, pero tampoco lo desmiente. Eso alimenta la leyenda. Lo cierto es que no fue en la entrada del instituto y que no estaba desnuda. Antes se había cambiado de ropa en los baños. Conserva una foto, vestida con una camiseta demasiado grande y unos vaqueros rotos, sonriente, con el dedo corazón erguido, sosteniendo un palo y su falda tableada de color verde devorada por las llamas.

En teoría era una acción de grupo. Había quedado con otros compañeros. Quemarían sus uniformes todos juntos al mismo tiempo, pero el resto se echó atrás en el último momento. Ella siguió adelante. Es posible que ese fuera el instante en el que vio con total transparencia que no era

igual que ellos. Aquel paso atrás. Aquella traición. La rabia que sintió superó a la vergüenza de quedarse sola. Le abrió los ojos.

—Juro que lo intenté —confesó una vez— con todas mis ganas.

Hasta ese momento había luchado por integrarse en el grupo. Nunca tuvo las mismas aspiraciones, deseos ni ambiciones. Pero lo había intentado. Durante el siguiente curso se hizo evidente que nunca sería como ellos. Alma siguió sonriendo y mantuvo una relación políticamente correcta con la mayoría. Pero se apartó conscientemente, buscó la soledad del patio a la hora del descanso, fumar en el exterior del instituto le dio la posibilidad de alejarse, le sirvió para recortar los espacios comunes. Entendieron el mensaje. Dejó de recibir invitaciones para quedar después de las clases o los fines de semana. Su relación se ciñó a lo estrictamente necesario. Y nadie hizo nada para cambiar esa situación. Lo negará durante el resto de su vida con esa insolencia que la caracteriza, pero su corazón sabe lo que deseó un gesto.

En el expediente escolar hay una omisión. Quizá aún no les ha dado tiempo a anotar lo que pasó o quizá es un acto de olvido consciente, algo que prefieren que no conste.

—¿Lo que ha publicado en Instagram es verdad?

—Una basura.

—Todos saben que es mentira.

Instagram 01

Descripción de la imagen: La sonrisa fresca y joven de una adolescente. Unos dientes blancos perfectamente alineados. Unos labios finos de color de rosa. De anuncio.

*Texto: «Esta soy yo antes de que me violara».
#MeToo #superviviente #prohibido olvidar #niunamás #noesno*

1

La casa donde Alma vive se encuentra en una urbanización situada en un pequeño pueblo de la periferia de la ciudad. Su calle lleva el nombre de un compositor de música clásica. El resto de las calles de su urbanización tienen también nombres de compositores de música clásica. Las calles de otras urbanizaciones que rodean ese pequeño pueblo llevan nombres de mitos griegos, ríos de Asturias, grandes genios de la pintura o accidentes geográficos de la península ibérica. Poca imaginación.

Las casas son independientes, pareadas o adosadas. Rodeadas de muros o setos recortados de pináceas o aligustre. Jardines con pequeñas praderas y alguna encina. Aspersores automáticos a primera hora de la mañana y a última de la tarde.

En los garajes hay espacio para dos coches. Una berlina o un cupé de color azul o gris metalizado para ir al trabajo o a la ciudad alguna noche en fin de semana y otro modelo familiar necesario para llevar a los niños a clases extraescolares y al médico, con un gran maletero para transportar la compra semanal desde el hipermercado o ir a esquiar a la montaña. Un tercer coche, un modelo antiguo con quince o veinte años, aparcado en la puerta delata la presencia de una empleada del hogar por horas. Aunque la mayoría de ellas utilizan el autobús. Varias líneas de interurbanos y locales unen las urbanizaciones con el pueblo y la ciudad con relativa frecuencia. Se puede descargar una app para consultar los horarios.

A las siete y media de la mañana las berlinas y los cupés recorren las calles. Media hora después son los familiares y las rutas escolares los que pisan el asfalto. Después hay un flujo discontinuo de furgonetas de reparto, de jardineros, de empresas de pequeñas reformas y seguridad privada. A las seis de la tarde vuelven los modelos familiares y a las nueve las berlinas y los cupés están aparcados de nuevo en los garajes. A las diez de la noche, de vez en cuando, rompe la oscuridad el color azul de las luces de balizamiento de un todoterreno de la Guardia Civil que hace la ronda por las calles solitarias.

Aunque nunca pasa nada.

El padre de Alma, Pablo, observa desde la ventana de la cocina el césped recién cortado y abonada en una mañana soleada, aunque fría del mes de enero. Tiene una botella de cerveza en la mano, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza un poco ladeada sobre su hombro derecho. Y, aunque físicamente está ahí en ese momento, su memoria le ha trasladado a unos años atrás. A una tarde de verano. En ese mismo jardín. Alma tiene siete años. Corre descalza sobre el césped y ríe de esa forma inimitable que tienen los niños de reírse cuando son muy felices. Una risa explosiva, contagiosa, loca. Alma se abraza al cuello de Vero, embarazada de tres meses, y le dice que la quiere. Es uno de esos momentos en los que una madre o un padre podría morir de amor, le podría explotar el pecho de felicidad, podría... Y después Alma se separa de ella y corre hasta él, sentado sobre el césped. Se lanza en el aire con la seguridad de que él la sostendrá y tras el impacto ruedan los dos por la pradera. Ella queda a su lado, su mirada fija en la suya, con una expresión despierta, una sonrisa aparece en sus labios, una luz centellea en sus ojos.

—¿Pelemos? —le susurra al oído.

La voz de Vero, su mujer, le saca de ese recuerdo.

—Esto ya está. Apago el horno —dice—. Llama a Alma.

—Yo pongo la mesa —contesta él.

Vero sabe lo que esa negativa oculta significa. Está enfadado con Alma. En esta ocasión el enfado está motivado por un par de desencuentros directos que han tenido esa semana. Alma coge a las nueve menos cuarto de la mañana un autobús interurbano en una parada a unos cien metros de su casa. Si lo pierde no llega a su primera hora de clase. El siguiente autobús es a las nueve y cuarto.

—¿Podrías llevarme?

—¿Otra vez has perdido el autobús?

—Estaba saliendo cuando lo he visto pasar. Aunque hubiera corrido no habría podido cogerlo. Nunca llega a la misma hora. Es una mierda.

Llevarla hasta el instituto supone tomar un camino que hará que Pablo llegue entre veinte minutos y media hora tarde a su trabajo. Pero no es eso lo que realmente le pone de mal humor. Alma se ha levantado tarde. Ha dejado un rastro de café instantáneo sobre la encimera. La toalla mojada se ha quedado en el suelo después de darse una ducha. Unos minutos antes de perder el autobús se estaba maquillando al mismo tiempo que enviaba wasaps a sus amigas. Vero le ha gritado varias veces que llegaría tarde.

—Llegaré tarde si no dejas de ponerme nerviosa —le ha contestado.

Nerviosa o no, ha perdido el autobús.

—¿Podrías llevarme?

El coche de Pablo es un utilitario pequeño, un Mini, motor de ciento cincuenta caballos, color negro con dos franjas rojas cruzándole el capó y el techo. Muy molón. Tiene un golpe en un lateral que debería llevar a arreglar, el techo solar no se abre y algo hace que, a partir de cierta velocidad, las molduras interiores de plástico vibren y hagan un ruido de mil demonios. Está un poco como él. Guapo, pero tocado. Hace frío y pone los asientos calefactables. Eso funciona. Por un segundo esa agradable sensación de con-